

Anécdotas y personajes en torno al Teatro Nacional (1844-1901)

por Mariano del Cueto

*A Xavier Torresarpi,
que tanto ha hecho por la ópera*

La ópera —hoy tan insuficientemente difundida en la Ciudad de México—, contó con un gran escenario en el siglo XIX: un teatro de muchos nombres, reflejo de los tiempos ajetreados que gobernaron los destinos del país en los 100 años que corrieron del inicio de la Independencia, en 1810, al inicio de la Revolución, en 1910. Con este ensayo damos inicio a una sección conmemorativa que publicaremos durante el Bicentenario.

Varios personajes desfilaron con luz propia por los corredores del —llamémosle por su último nombre— Teatro Nacional, como los Presidentes Antonio López de Santa Anna, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz, el arquitecto Lorenzo de la Hidalga, las sopranos Henriette Sontag y Ángela Peralta,... por mencionar a unos cuantos.

Cuando la famosa soprano alemana Henriette Sontag murió en México, víctima de cólera, los aficionados a la ópera en la ciudad de México quedaron atónitos y sumidos en profundo dolor. Cientos de ellos pasaron por la capilla ardiente a rendir tributo de admiración a la eximia intérprete. Su muerte se produjo seis días después de que la soprano interpretara de modo sublime la *Lucrecia Borgia* de Donizetti en el Teatro Nacional, donde poco antes, el 15 de mayo de 1854, había cantado por primera vez el Himno Nacional, en uno de los episodios más curiosos registrados en aquel recinto.

La anécdota es poco conocida, pero de gran interés, pues para la ocasión del Himno apareció la letra de Francisco González Bocanegra, pero no la música del catalán de Sant Joan de las Abadesses, Jaume Nunó, sino la del célebre contrabajista, compositor y director italiano Giovanni Bottesini quien, impaciente, se adelantó al fallo del concurso haciendo cantar su composición, como si fuese la ganadora. (Por cierto que en 2004, conmemorando los 150 años del estreno, se hizo un concierto con las diferentes músicas que los concursantes presentaron y la de Bottesini es realmente muy hermosa. De la importancia de este gran músico da cuenta Verdi, que lo eligió para dirigir el estreno de *Aida* en El Cairo).

Entre aquellos dolientes que hicieron acto de presencia en las honras fúnebres de la diva alemana, estuvo uno que, cuenta en sus memorias, lloró íntimamente la irreparable pérdida que aquella inesperada muerte representó para el mundo operístico. Se trataba de un inteligentísimo joven, nacido en Xalapa un par de años después de consumada la independencia, y que entonces, con sólo 29 años, era rector del Colegio de San Ildefonso: Sebastián Lerdo de Tejada. Con los años se involucraría en la política, ocupando puestos de gran relieve, desde la Secretaría de Relaciones Exteriores y la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia, hasta la Presidencia de la República, una vez muerto Benito Juárez, de quien había sido el más cercano colaborador y sostén en los duros años de la república peregrina, cuando el ejército francés controlaba gran parte de nuestro territorio.



Fachada del Gran Teatro de Santa Anna, por Pietro Gualdi, 1846

Hay muchas fuentes, además de sus memorias, que dejan constancia de su asidua asistencia a las representaciones musicales, por lo que no sería aventurado afirmar que fue el Presidente más musical —hasta Adolfo de la Huerta— que ha tenido México. Fue clave el papel que jugó el Teatro Nacional en la formación del joven Lerdo. Convencido de la importancia de desarrollar la sensibilidad por la música, un gran empaque educativo permeó su proyecto político, frustrado por la ascensión al poder —mediante un cruento golpe de estado— de Porfirio Díaz, quien estableció una dictadura militar con disfraz democrático a la que la educación no importó tanto como los negocios. Hoy, en este renglón, ya se sabe, vivimos en el polvo de aquellos lodos.

Que la Sontag, discípula de Carl Maria von Weber y Gioacchino Rossini, estuviera en nuestro país, probablemente la cantante más importante de su tiempo (Beethoven la eligió para cantar en el estreno de su *Novena Sinfonía* en 1824, cuando ella contaba apenas con 18 años de edad), sólo se comprende por el deseo de Dolores Tosta, la joven esposa de Antonio López de Santa Anna, de impulsar el desarrollo musical. Que Lerdo pudiese escuchar aquella prodigiosa voz un par de noches por semana no se explica sin el Teatro Nacional, una casa de ópera con todas las de la ley, que tuvo, sin embargo, una corta existencia (del 10 de febrero de 1844, fecha de su inauguración, hasta el 2 de diciembre de 1900, fecha del último evento registrado en él: un baile en honor de Carmelita Romero Rubio de Díaz. Poco tiempo después, en 1901, iniciaron las obras de su demolición, que concluirían en 1905.) A pesar de ello, el Teatro Nacional hizo de nuestra ciudad la más importante en América, operísticamente hablando, del siglo XIX, por delante de Nueva York, Chicago y Buenos Aires.

La señora de Santa Anna, “Doloritas”, como le decían, fue desde que se casó y hasta su exilio de casi 20 años, acompañando a su marido, una decidida impulsora del arte lírico. No está de más decir que el matrimonio Santa Anna volvió al país gracias a que, siendo presidente, Lerdo le concedió amnistía sobre el delito de alta traición y la consiguiente pena capital que pesaba sobre quien alguna vez fuera considerado —por él mismo y sus seguidores— Su Alteza Serenísima. En el gesto de don Sebastián pesó el afecto que



los padres de ambos se habían profesado en su tierra veracruzana, en tiempos más bonancibles. Así, en la calle de Vergara, casi frente al teatro que inaugurara en el apogeo de su gloria, en una casa que aún existe, vino a morir decentemente en su cama aquel personaje, gobernando ya otro dictador, que moriría lejos y haría palidecer la figura de autócrata del famoso “Quince uñas”.

Su viuda aún vivió varios años más en aquella casa, asistiendo como incógnito espectro a disfrutar del excelso canto de Ángela Peralta, aquella niña cuya carrera había impulsado a sugerencia de su amiga Henriette, y que se haría célebre en los teatros europeos como “El ruiseñor mexicano”.

La ópera en México está en deuda con un hombre singular, Francisco Arbu, importante no sólo como empresario teatral, sino ferroviario. Además del tren que iba a Tlalpan, tres teatros en la ciudad le debieron la existencia: el Nacional, el Iturbide (luego Cámara de Diputados) y el que llevó su nombre, construido en el oratorio de San Felipe Neri. Fue este señor un empresario a la manera de Domenico Barbaja en Italia o Oscar Hammerstein en Estados Unidos, que no sólo echaban a andar los proyectos más aventurados en cuanto a contratación de compañías y cantantes, sino que encargaban obras, supervisaban las programaciones, se daban enteros a su pasión y, claro, a la larga perdían dinero.

Para construir el teatro que tanto le ilusionaba, Arbu convocó a concurso a tres arquitectos y eligió el proyecto clasicista de Lorenzo de la Hidalga. La construcción del teatro inició en 1842 y concluyó un años después. Formado en la muy bien afamada Academia de San Fernando de Madrid y colaborador algunos años en Paris de Henri Labrouste (autor de la biblioteca de Sant Geneviève), De la Hidalga llegó muy joven a México, convirtiéndose en el arquitecto más importante de su tiempo.

Su gran amigo Pelegrín Clavé lo retrató con la cúpula de Santa Teresa la Antigua, la única obra de su autoría que queda en pie, además del pedestal para la estatua ecuestre de Carlos IV. Fueron derribadas, una a una, las otras obras de don Lorenzo: el Mercado del Volador y un buen número de casas, la suya entre ellas, además del Teatro Nacional, cuyo emplazamiento en la ciudad decimonónica es recordado por una placa en la esquina de Bolívar y Cinco de Mayo, la cual, por cierto, no lo llama Teatro Nacional sino de Santa Anna, pues con ese nombre fue inaugurado.

La demolición del Teatro Nacional, iniciada en 1901 y concluida en 1905 por voluntad de Porfirio Díaz y su ministro de Hacienda, José Yves Limantour, para abrir la que sería el equivalente mexicano de la neoyorkina Wall Street (la avenida 5 de mayo), privó a la ciudad para siempre, al menos hasta hoy, de una casa de ópera, y quienes piensen que el Palacio de Bellas Artes lo es, que se desengañen. Es un gran teatro, diseñado por Adamo Boari, dedicado a las bellas artes en todas sus manifestaciones, pero no es una casa de ópera. Nuestro Palacio, además de sede de la Compañía Nacional de Ópera, lo es también del Ballet Folclórico, la Compañía Nacional de Danza, la Compañía Nacional de Teatro y la Orquesta Sinfónica Nacional. Pero también ha hospedado conciertos populares de Lola Beltrán, Juan Gabriel y Chavela Vargas.

Hay aquí otra curiosa historia. La actual Calle de Bolívar se llamaba antes Calle de Vergara y la gente conocía con este apellido, “Teatro de Vergara”, al inmueble del arquitecto De la Hidalga, ya que después del nombre de “Teatro Santa Anna” que el político veracruzano obligó a Arbu a ponerle, una vez caído



4



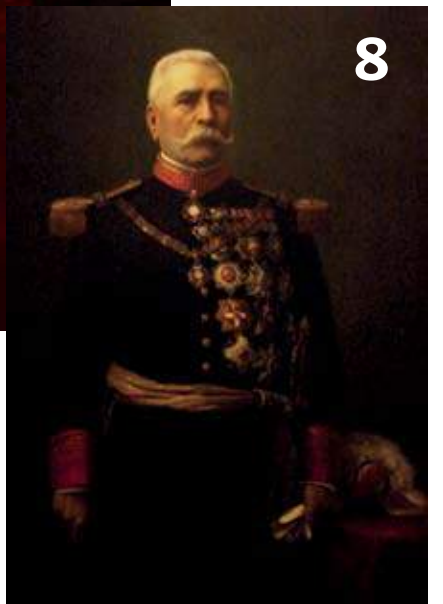
5



6

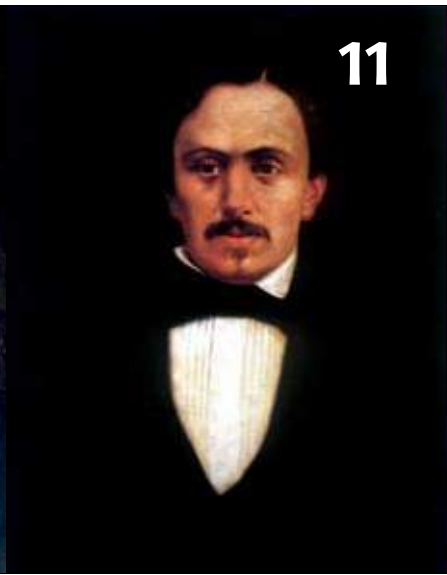


7



8

- 2 Acuarela del interior del Teatro Nacional, por Lorenzo de la Hidalga
- 3 Lorenzo de la Hidalga, por Pelegrín Clavé
- 4 Zócalo de la Ciudad de México el 13 de septiembre de 1847, por Pietro Gualdi (nótese la bandera que ondea en Palacio Nacional)
- 5 Acueducto de Metlala, por Eugenio Landesio
- 6 Patio de la casa de Lorenzo de la Hidalga
- 7 Antonio López de Santa Anna
- 8 Porfirio Díaz



en desgracia el dictador, fue llamado “Gran Teatro Nacional”, para luego, con Maximiliano, llamarse previsiblemente “Teatro Imperial”. Más tarde, con Benito Juárez reinstalado en Palacio Nacional, se llamó “Teatro de la República”, y con Porfirio Díaz, quedó simplemente en “Teatro Nacional”, eso sí, sin el “Gran”. Tal vez por ese rosario de nombres, se entiende que la gente le llamara sencillamente con el nombre de la calle donde se ubicaba.

Las ilustraciones que acompañan este texto son algunas de las más significativas de su autor, el escenógrafo y pintor Pietro Gualdi, nacido en Carpi, cerca de Roma, digno representante de la escuela vedutista, encabezada por el gran pintor veneciano Giovanni Antonio Canal, conocido como Canaletto. Gualdi pintó estos cuadros del Teatro al tiempo que cumplía su trabajo como escenógrafo de los montajes operísticos. Había llegado al país con ese cargo en la compañía de la célebre soprano Napoleona Albini, otra de las divas que cautivó al público mexicano. Gracias a sus cuadros sabemos cómo fueron muchos edificios y calles enteras hoy desaparecidas. La figura elegantemente vestida, con jacquet y chistera, que aparece en las pinturas es precisamente la del arquitecto De la Hidalga, gran amigo del pintor y cliente asiduo. Uno de estos cuadros es “Patio de la casa del arquitecto Lorenzo de la Hidalga”. Lo vemos ahí de espaldas, con parecido atuendo al que portaba cuando lo retrató Clavé, del brazo de su esposa, Ana García Icazbalceta, hermana del célebre polígrafo Joaquín.

De las relaciones con el mundo intelectual y su afición a la pintura, que el mismo De la Hidalga cultivaba (el dibujo acuarelado del interior del teatro que acompaña al texto es de su mano), hay constancia en varios escritos. Es muy curioso a este respecto el cuadro de Eugenio Landesio que cuelga en el Museo Amparo, de Puebla, llamado “El Acueducto de Metlala y la familia de Lorenzo de la Hidalga”, donde se ve al arquitecto pintando un cuadro del paisaje.

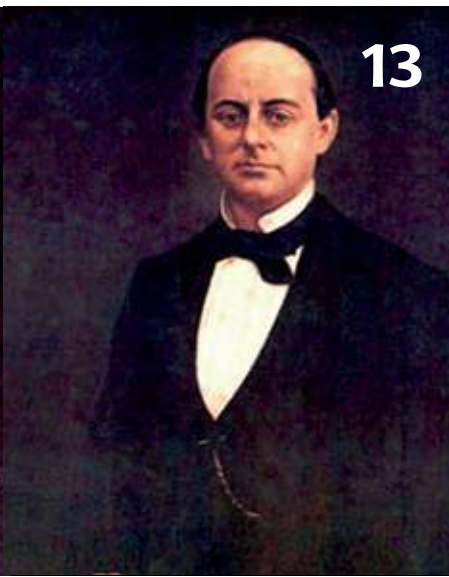
Falta aún mencionar la pieza clave, a la que debemos mucho de lo que hoy se sabe acerca de nuestro siglo XIX. Se trata, no podría ser de otra manera, de un escritor, uno de esos hombres de letras cuya obra merecería ser bien conocida: Enrique de Olavarría y Ferrari, hoy recordado únicamente porque un bello edificio de Mixcoac, convertido en escuela primaria, lleva su nombre. Gracias a su monumental *Reseña histórica del teatro en México* nos podemos enterar no sólo de cuántas comedias, dramas, óperas y zarzuelas se representaron en la ciudad, sino de las críticas, los comentarios, la trayectoria de los actores, y de muchas otras cosas acerca de las funciones y el entorno social y político en que se producían.

Fue Olavarría, sin duda, un hombre opulento en saberes. Esta obra hubiera bastado para llenar una vida, pero este madrileño afincado en México desde los 21 años, liberal y republicano, escribió novelas, comedias, dramas y cientos de artículos en la prensa de su época. Por si ello fuera poco estuvo a cargo del proyecto de Vicente Riva Palacio para escribir la historia del país, y así, con Alfredo Chavero y José María Vigil, su nombre queda entre los autores de *México a través de los siglos*, una magna e imprescindible obra, sin cuyo conocimiento es impensable tener una idea cabal de qué somos en tanto mexicanos.

Sirven de colofón unas palabras escritas por él, dolido profundamente por el derribo de su querido Coliseo de Vergara, y que pueden hoy aplicarse a la ciudad entera, que está convirtiéndose en un Frankenstein arquitectónico, plagada de *Oxxos*, *Sevenelevens* y otros engendros de semejante laya, que han sustituido a antiguas casas y edificios, por la estulticia de funcionarios delegacionales que lucran con la vejación permanente al patrimonio que consideran sin valor. Y así, la imagen urbana se precipita en un abismo de



12



13



14



15



16

- 9 Dolores Tosta de Santa Anna
- 10 Henriette Sontag
- 11 Francisco González Bocanegra
- 12 Giovanni Bottesini
- 13 Sebastián Lerdo de Tejada
- 14 Ángela Peralta, “El ruiseñor mexicano”
- 15 Postal del Teatro Nacional de México
- 16 Enrique Olavarría y Ferrari

fealdad incalificable. Hace 108 años expresaba así su dolor este gran escritor, hablando del ministro de Hacienda, Limantour, quien mientras anunciaba la construcción de un nuevo “Teatro Nacional” (hoy el Palacio de Bellas Artes), nunca habló de que sería derribado el viejo, sino que sería restaurado, engañando descaradamente a los aficionados:

“(...) Se dice que los jonios prohibieron pronunciar por siempre el nombre del destructor del templo de Diana en Éfeso... Tiempo vendrá en el cual lamentaremos que el señor ministro, tan competente en puntos de arte como en cuestiones de números, no hubiese cumplido sus promesas... Lo que sí creemos imposible es que el nuevo coliseo pueda alguna vez enorgullecerse de una historia que iguale en grandiosos recuerdos a la de aquel que ya no existe sino en la memoria de los que poco a poco iremos desapareciendo y llevándonosla con nosotros...”

El autor es pintor, dibujante, arquitecto e historiador de la arquitectura. Es maestro en la UNAM.